

POSESIONES

Carmen Pombero*

Gran ciudad. Verano. Hace calor.

Una piscina en un barrio residencial de los que tampoco es para tanto —esto es, uno de esos barrios donde sus habitantes gustan de aparentar lo que no son y simular que poseen lo que no tienen. Para empezar, no tienen ni un lugar de vacaciones—.

Los clientes habituales de esta piscina municipal son personas mayores. Ellas, renegridas por el sol y arrugadas por el tiempo, muy delgadas y con el pelo teñido de rubio. Visten ropa de baño conjuntada con sus zapatillas y sacan a relucir a la piscina sus pulseras de oro y sus anillos

con un minidiamante a lo sumo. Ellos, renegridos por el sol y canosos por los años, con buen aspecto a base de ejercicio físico. Sus caras recuerdan a las de un tiempo pasado en España, un tiempo de dictadura...

En la piscina, como en toda instalación municipal, escasean los recursos. Hay unas cuantas sillas de plástico dispersas por el lugar para que los bañistas hagan uso de ellas. Lógicamente, no hay para todos. La piscina, como las propias de las grandes ciudades, no tiene césped sino cemento. Conseguir una silla es fundamental para una estancia placentera...

BEATRIZ.— Papá, coge una silla para la niña. (BEATRIZ, 70, en bañador y fumando tabaco de liar, se apresura en coger dos sillas, sin soltar su bolso, la toalla, el gorro, las gafas y la esterilla, cargada de ansiedad mientras la ceniza de su cigarrillo cae manchando su bañador negro. CÉSAR, 73, grande como un oso, tostado por el sol aunque mucho menos renegrido y pellejo que su mujer, coge una silla y se



sienta, dejando el periódico a su lado.)

CÉSAR.— Ya está. Ponlas, aquí, en la esquina de siempre. Es la única que tiene sombra.

BEATRIZ.— Como que aquí está el único árbol de toda la puñetera piscina. (Coloca su bolso en una de las sillas. La otra queda sin nada.) Ay, qué fresco tan bueno hace siempre aquí... Bueno, me voy al sol.

BEATRIZ se tumba al sol con su esterilla y su toalla. UNA MUJER, 70, de aspecto más sencillo, se acerca a la silla vacía y se la va a llevar. BEATRIZ se levanta como un resorte y le quita la silla de las manos.

BEATRIZ.— Eh, eh, qué está ocupada.

MUJER.— ¿Por quién? Yo no veo a nadie.

BEATRIZ.— Mi hija que viene ahora con los niños.

MUJER.— ¿Pero no está aquí, no? Las sillas no se pueden reservar. (Le quita la silla.)

BEATRIZ.— Porque usted lo diga. Yo me he levantado muy temprano para guardar una hora de cola y entrar en la piscina la primera para cogerle una silla a mi hija.

MUJER.— Me parece muy bien, pero es que las sillas no se pueden reservar.

BEATRIZ.— ¡Haberse levantado antes para coger una silla! (Agarra la silla con fuerza y la coloca en su sitio.)

MUJER.— Yo también he guardado cola. Aquí, la única que no ha guardado cola es su hija y ella tiene silla y yo no. (Le quita la silla.)

BEATRIZ.— Porque mi marido y yo hemos guardado la cola por ella. Haber madrugado como hacemos nosotros. (Coge la silla con tal fuerza, que

la MUJER casi se cae.)

MUJER.— Oiga, que me tira.

CÉSAR.— (*Levantándose de la silla y dejando ver todo su imponente cuerpo.*) Venga, señora, deje ya de molestar.

MUJER.— ¿Molestar? Muy bien.

Se va. CÉSAR y BEATRIZ se miran. Ella pone su toalla sobre la silla vacía, marcando territorio. Vuelve a su esterilla.

BEATRIZ.— Si no pones algo encima se creen que está vacía, te lo he dicho mil veces. La gente tiene mucha cara. No madruga y luego quieren llevarse las cosas sin esfuerzo.

La MUJER vuelve con un ENCARGADO, 45, con aspecto serio, en shorts y camiseta corporativa. La MUJER le señala la silla y al matrimonio.

ENCARGADO.— A ver, señores. Las sillas no se pueden reservar. Son sólo para las personas que estén aquí físicamente.

BEATRIZ.— Mi hija ya viene.

ENCARGADO.— Señora, pero no está y aquí hay otra persona que sí. La silla es para ella. (*La coge y se la entrega a la MUJER. BEATRIZ se levanta y se la quita.*)

BEATRIZ.— Que no, ni hablar. Que hubiese madrugado.

ENCARGADO.— Pero señora, ¿qué madrugar ni madrugar? ¡Si acabamos de abrir! Devuélvale la silla.

BEATRIZ.— (*Sentándose en la silla.*) Que es para mi hija que viene con los niños.

ENCARGADO.— (*No da crédito.*) Oiga, respete usted a la autoridad. Que esta piscina tiene unas normas y las tiene que respetar.

MUJER.— (*Coge la silla que tenía el bolso, lo apoya en el suelo.*) Pues me llevo ésta.

CÉSAR.— (*Le da un manotazo y agarra la silla.*) ¡Suéltela!

BEATRIZ.— (*Le da otro manotazo y coge su bolso.*) ¡Ay, mi bolso! Ladrona.

ENCARGADO.— (*Les quita la silla.*) Bueno, ya está bien con las manitas. La que están liando por una puta silla. ¡Que no se reserva! Señora, tenga un poco de humanidad.

BEATRIZ.— Ni humanidad ni leche, que he guardado yo cola para tener todas las sillas que me dé la gana.

ENCARGADO.— ¿Pero no ve usted que esta señora necesita más la silla que su hija que seguro que es cuarenta años más joven? A esa humanidad me refiero.

CÉSAR.— Mi hija viene con los niños.

ENCARGADO.— ¿Y qué? ¿Usted se cree que los niños se van a quedar aquí sentados?

BEATRIZ.— La silla no se la doy.

ENCARGADO.— ¿Cómo que no? Pero, oiga, que le estoy dando una orden, que aquí no se discute por algo que está en las normativas del recinto. ¿Qué ejemplo le está dando usted a sus nietos, señora? La piscina tiene unas normas y usted tiene que cumplirlas y respetarme a mí, que soy el encargado.

BEATRIZ.— (*Harta, a la MUJER.*) ¿Quiere la silla? Pues ahí la tiene (*Se la tira a la cara. La MUJER cae de espaldas al suelo.*)

ENCARGADO.— ¿Se ha vuelto loca? (*Ayuda a la MUJER a levantarse.*)

CÉSAR.— (*Cogiendo a su mujer del brazo y haciendo que se siente.*) Beatriz, deja que se lleven la silla. De aquí a que la niña salga de trabajar se quedará otra vacía.

ENCARGADO.— (*A BEATRIZ.*) Usted se merece que la denuncien, oiga.

La MUJER agarra la silla que le han tirado a la cara y la alza, estampándose en la cabeza a BEATRIZ. Le hace una brecha de sangre en la frente. BEATRIZ se retuerce.

ENCARGADO.— ¿Usted también?

MUJER.— Que se pudran ella y su silla de plástico. La próxima vez me traigo la mía de casa.

CÉSAR.— (*Se levanta, agarra su silla y se la tira a la MUJER, haciéndole otra brecha en la cabeza.*) Ahí tiene su silla. Por mí se la come.

Ahora hay dos sillas ensangrentadas y dos mujeres sangrando. El espectáculo es desalentador. El ENCARGADO niega con la cabeza.

ENCARGADO.— Están locos. Por una puta silla...

El ENCARGADO se va abatido. CÉSAR se sienta en su silla y se dispone a leer el periódico como si nada hubiese pasado. Las mujeres con sus brechas en la cabeza, siguen sangrando.

* Carmen pombero León (Sevilla, 1973), estudió en New York dirección, danza e interpretación; en 1997 dirigió el grupo de teatro de la Facultad de Medicina en la Universidad de Sevilla; estrenó "Piano Bar" y "Silencio Biblioteca", con esta última obtuvo el Primer Premio del Certamen de Teatro Joven (1999) y representó a España en la Muestra de Jóvenes Creadores del Mediterráneo (Sarajevo, 2001). Incursionó en el medio audiovisual en Madrid. Estudió cine en La Habana y, a partir de ello, escribió cortometrajes, colaboró en programas de Antena 3, TVE y Canal Sur. Ha obtenido varios premios por diversas obras teatrales; además, es articulista en *El País* y en *La Diagonal*, así como en revistas especializadas en cultura.t